

Cuestión de piel

Rolando Hernández Pérez

Vicepresidente de la SVDCD

La sensibilidad del espíritu humano tiene una asociación corporal directa con la piel y sus expresiones emocionales.

Hablar de los orígenes de la dermatología hispanoamericana es adentrarse en una aventura plena de emociones que conmociona la sensibilidad del alma de quien emprende tal empresa. Vale decir que mi piel se erizará en repetidas oportunidades a lo largo de esta breve exposición, por la emoción que me han de generar los recuerdos y hechos memorables que traeré a colación en este periplo por el desarrollo de nuestra especialidad en el continente americano. Será entonces una cuestión de piel.

Detrás del encendido debate cultural acerca de los hechos que se agrupan en la taxonomía histórica bajo el título de "descubrimiento y conquista del continente americano", y más allá de la discusión bizantina acerca de si fue un encuentro de dos culturas o la ruda imposición de la Europa sobre la Amerindia, está el hecho contundente de la mutua influencia que se estableció entre ambas civilizaciones desde el momento en que sucedió el primer contacto en octubre de 1492. Dicha influencia ha sido extensa y fructífera en todos los campos del conocimiento científico y humanístico y por ende, ha estado presente en el desarrollo de nuestra especialidad médica.

Quizá el primer elemento enriquecedor de experiencias en nuestro campo de estudio que se derivó del intercambio entre culturas fue la diferencia en la tonalidad de la piel entre los habitantes de uno y otro continente. Más allá de prejuicios raciales, tal diferenciación y diversidad, observadas como hecho objetivo ante la ciencia, propició la investigación de diversos fenómenos clínicos y su vinculación con entornos geográficos diferentes y características genéticas distintas.

Los avatares de la historia fueron llevando al surgimiento de una cultura mixta en los países hispanoamericanos que mezcló el conocimiento formal racional del pensamiento europeo con el conocimiento tradicional y empírico de las culturas amerindias.

La ciencia médica incorporó lentamente el conocimiento del chamán, del brujo, hechicero o el tradicional de la medicina familiar hispanoamericana al conocimiento racional y científico de origen europeo.

La guerra civil española trajo devastadoras consecuencias para la sociedad que la incubó, de orden material, moral, familiar, y millones de pérdidas humanas; sin embargo, para Latinoamérica fue la semilla de su renacimiento. No exageramos si decimos que la emigración española hacia los países latinoamericanos propiciada por la guerra civil, permitió al pensamiento científico y humanista de estos países repotenciarse y nutrirse de savia fresca en todos los órdenes de la vida.

Los republicanos que llegaron en ese entonces trajeron, junto a su tragedia y su derrota, unas ganas enormes de hacer una sólida contribución al desarrollo cultural, social, político y científico de las sociedades que los acogieron, principalmente en Venezuela, México y Argentina. Ejemplos sobran en cada país. Esta nueva y bienvenida ola de influencia republicana española fue, si se quiere ver así, la redención de los horrores de la conquista española.

España y Portugal, siempre en unidad espiritual, nos hicieron sentir descendientes de su sangre en un reaparecer de acercamiento, luego de la decadencia de la doctrina positivista que en otros tiempos pregona el alejamiento de todo lo ibérico, raíz de nuestros pueblos, creyendo que así podríamos vencer la influencia del clima tropical y del mestizaje, producto del encuentro de la cultura hispana con la indígena, como causante de nuestro atraso. Se llegó a recomendar la inmigración masiva de caucásicos anglosajones para lograr el cambio mental y de la piel morena de nuestro pueblo.

Todo esto fue desmentido al llegar la diáspora intelectual de la península, luego de la guerra civil de 1936; y el acercamiento con Brasil, del cual sólo nos separa la lengua portuguesa, pues su población, de todas razas, es similar a la nuestra, para hacernos entender, cada vez más, que todos somos latinoamericanos con creatividad e inteligencia suficientes como para tener nuestra propia medicina y ciencia en general, capaz de competir con cualquier cultura del mundo.

El desarrollo de nuestra especialidad fue diferente a partir de ese momento, se refrescaron los intercambios, se reforzaron las influencias, se acogieron los nuevos aportes y se estableció un puente de vinculación con el conocimiento generado y desarrollado en la nación española.

La inmensa mayoría de los dermatólogos formados en las universidades españolas (Madrid, Barcelona, Salamanca, Pamplona) son testigos principales de este gran intercambio, que vino a sentar las sólidas bases de nuestra especialidad para un ulterior desarrollo conceptual y técnico de nuestra praxis profesional. Sin duda, ella nos permitió entrar con pasos firmes al conocimiento de los avances técnicos y conceptuales de la especialidad en Norteamérica, una escuela distinta a la nuestra hasta ese entonces.

Hoy, con la globalización, todas las distancias se han acortado, entramos y salimos de las universidades con la facilidad de un viaje en un vehículo de un pueblo a otro, visitamos a los grandes centros del conocimiento y hurgamos en su biblioteca virtual como si estuviéramos en la nuestra, tan sólo necesitamos un password y un login que se obtienen de forma fácil, esta ganancia lograda a través de la teleinformática, nos permite usar la tecnología de la informática y de la comunicación para adquirir los conocimientos en forma veloz y amigable. Este océano de conocimiento accesible no sería viable si no hubiéramos tenido una firme base histórica que nos sirve de inspiración para una crítica analítica, que nos permite entrar en este mundo actual del conocimiento científico y tomar lo que realmente necesitamos y nos beneficiará para nuestro crecimiento.

Una de las mejores representaciones de esta realidad de intercambio entre el viejo y nuevo mundo es el Colegio Ibero Latinoamericano de Dermatología, conocido por las siglas CILAD, fundado en 1948 con su primer Presidente el brasilero Joao de Aguiar Pupo (1948-1950), y seguido por el español José Gay Prieto (1950-1953). Desde entonces se han sucedido quince presidentes, españoles, portugueses y latinoamericanos -actualmente es el mexicano Roberto Arenas-, en una cordial y amena competencia que han hecho de esta organización la más nutrida en lengua española y portuguesa.